- ZL en Flickr
- ZL en Issuu
- ZL en Twitter

Licencia de CC 3.0

Zona Literatura by Gustavo H. Mayares is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivs 3.0 Unported License.
Si alguien cree que sus derechos han sido vulnerados (textos, fotos u otro material publicado en ZL), deje un comentario en el post y será borrado del sitio. Gracias.

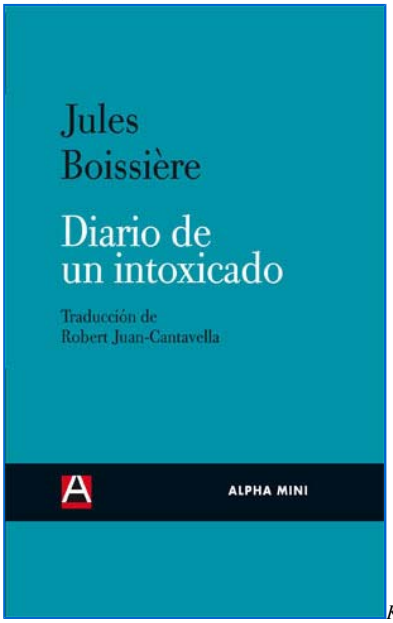
Alpha Decay reedita Diario de un intoxicado, de Jules Boissière

19/05/2011
By admin

Puertas De Madera
Reparación/Instalación.Servicio 24h Calidad Y Profesionalidad 634745099

Canapes a 1€
Últimas Unidades, Aprovéchate Envío, Montaje y Retirada Gratis

Anuncios Google



Khou-Mi. Ése es el pseudónimo bajo el cual, en 1890, **Jules Boissière** publica en Hanoi y en una edición de muy poca tirada ***Diario de un intoxicado***. El libro no llega al público occidental hasta 1911, pasada más de una década de la muerte del autor.

Texto autobiográfico basado en la experiencia de Boissière con el opio, desde sus primeras pipas hasta el momento en que finalmente se aleja de él. Tiene lugar en Vietnam, en las ciudades de Hanoi, Haiphong y Annam, entre los años 1885 y 1889. Boissière considera que la experiencia del opio es fundamental para una comprensión profunda de las culturas del Extremo Oriente. En este sentido, también aprende chino y anamita.

Aparte de un estudio de la cultura del opio –de "la divinidad del opio", en sus propias palabras–, el libro es también el relato de su experiencia como viajero, teñida de la fascinación del hombre blanco en su contacto colonial con Extremo Oriente. Un breve diario de su acercamiento a esta cultura exótica, tratando de comprenderla y discutiendo el testimonio de otros autores occidentales, así como los clichés asociados tanto al opio como al Lejano Oriente.

Basado en una lúcida observación, *Diario de un intoxicado* es el testimonio de un hombre

cultivado, escrito con sobriedad y precisión.

Jules Boissière (1863-1897) fue un escritor, poeta y periodista francés. Empieza a escribir poesía influenciado por la obra de los simbolistas y especialmente de Mallarmé y ejerce el periodismo en el diario radical socialista *La Justice*. Realiza el servicio militar en Indochina, donde llega a entrar en combate. Más tarde, se convierte en funcionario de la administración colonial francesa. Tras cinco años en el Sureste Asiático, vuelve a Francia, se casa, y regresa de nuevo a Indochina. En 1897 muere de forma brutal a la edad de treinta y cuatro años.

A continuación, las primeras páginas de *Diario de un intoxicado* (traducido por Robert Juan-Cantavella), que se publican en ZonaLiteratura.com por gentileza de Alpha Decay:

Diario de un intoxicado

Hanoi, febrero de 1890

Nos ha parecido que el opio merece los honores de un estudio particular: en Indochina ocupa un lugar bastante importante en la vida de los anamitas, los chinos y hasta los europeos. Como no queríamos experimentar en nosotros mismos los efectos de la santa droga, hemos tenido que acudir a las confidencias de un intoxicado curioso y culto, sutil y refinado, el cual, desdeñoso como todos sus iguales de los anatemas de la conciencia pública, no ha tenido reparos en dedicarnos ocho volúmenes manuscritos de notas e impresiones. Tratemos de espigar unas pocas páginas, resueltos por otra parte a imponerle el silencio a nuestro narrador si sus teorías nos parecen demasiado cínicas y su maliciosa sonrisa un tanto injuriosa.

khou-mi

• • •

Escuchad, lector, la profesión de fe que Baruch de Spinoza, de Ámsterdam, anotó en el capítulo primero de su Tractatus politicus:

«Me he esmerado en no ridiculizar ni lamentar ni detestar las acciones humanas, sino en entenderlas… En las pasiones, no he visto vicios, sino propiedades…»

Puede que a continuación encontréis muchos aforismos que lleguen a pareceros inmorales. En tal caso apelaría, como hizo Baruch de Spinoza, si no a vuestra simpatía que todo es capaz de amarlo, sí a vuestra inteligencia, que todo sabe comprenderlo.

• • •

Hả i Phòng, 20 de mayo de 1885

Me detendré cinco o seis días en Hải Phòng antes de ir a Ngo Teu, mi futura residencia. Hace dos meses que llegué al Tonkín, pero he pasado todo ese tiempo en Hanoi, viviendo en el pueblo de Keu Nam, repartiendo mi tiempo entre el restaurante, el café, la oficina y mi pequeña, incómoda y triste habitación, que amueblan una infame cama de mala madera del país, dos sillas, y una mesa para escribir. No me he relacionado más que con ciertos europeos enamorados del póquer y la manilla, así que de la vida amanita no sé nada. A veces oigo hablar de colegas que viven una extraña existencia, lejana, entregados al opio en el fondo de sus cabañas chinas, esas cabañas estrechas y largas en las que a veces, en la penumbra, a través de una puerta entreabierta, adivino sombrías habitaciones, pasillos sin ventanas y patios enlosados a cielo abierto. ¿El opio? Cuando estuve en Cochinchina, una vez que no tenía nada que hacer y entré en un fumadero de Cholon, recuerdo una sala amplia y triste en la que dormitaban algunos chinos, por no decir que dormían como brutos, echados en catres dispuestos a lo largo de las paredes. Otros mamaban vorazmente el bambú marrón rojizo de una pipa. Nada de eso me interesó, ni me impresionó, ni tampoco me sorprendió, pues respondía a todas las descripciones que ya había leído, y a los relatos que había oído. Aquel humo pesado, con sus volutas alargando y estirando y cerrando sus curvas irregulares para desplegarlas luego en copos ora azules ora grisáceos, me pareció más propicio a la jaqueca que al sueño, y encogiéndome de hombros, admiré la loable constancia de aquellos imbéciles que iban allí, día tras día, a martirizarse con el pretexto del entretenimiento y el placer. Así hacían mis compañeros de colegio cuando se acostumbraron a pasarse las horas en la ahumada sala de una taberna, bebiendo y fumando en pipa, berreando como zuavos, orgullosos de desafiar la neuralgia del día siguiente. Aquí no conozco a nadie. Imposible matar el

tiempo en la habitación de mi hotel. Sus ladrillos engendran y alimentan el spleen, y por las ventanas de vidrio agrietado ascienden los innumerables tufos que exhalan ciertas charcas de Hải Phòng. Las paredes encaladas encuadran una cama con mosquitera, dos sillas, y una mesa de madera blanca. ¿Salir? El sol de mayo ya se hace pesado, y las charcas que bordean las calles en terraplén proyectan en los ojos y en los sesos del paseante unos reflejos duros y ardientes que preceden a la insolación. Por otra parte, no puede hallarse placer alguno dando vueltas durante seis horas alrededor de los mismos islotes de casas, y la ciudad está rodeada de pantanos…

Llega la hora de la cena. Por medio de un antiguo camarada de París —una camaradería más bien vaga que el exilio común ha reafirmado ligeramente—, he conocido a un muchacho muy inteligente, un antiguo suboficial, hoy funcionario, que habla tranquilamente en alemán, inglés, cantonés y anamita, sin contar el pidgin de los puertos cosmopolitas de China.

Aspecto marcial, bigote al cepillo y una decoración exótica en el ojal. X. tiene buena pinta y habla bien. Cuando viene a sentarse para cenar a la mesa del Hotel Splendid en que me he instalado, le invito a que me cuente algunos episodios de su vida pasada, una vida azarosa y bella bajo el tórrido sol de los trópicos. Con los ojos cerrados y la mirada vuelta hacia

atrás, hacia los años muertos, evoco esa ardiente juventud que halló su lugar entre las islas malayas y en los bosques de Borneo, a golpe de garrote y de revólver.

… Esa tarde, después del café, continuamos nuestra charla por las calles desiertas y mal alumbradas, donde de tanto en tanto brillan los farolillos vacilantes de algunos jovenzuelos y pillastres.

Tu calificacion es...

Rating: 0.0/**10** (0 votes cast)

Rating: **0** (from 0 votes)

ESCUCHAR: abre otra página y tarda un poco en cargar el audio

Compartir

Tags: crónica, Diario de un intoxicado, Jules Boissière, opio, Oriente

Deja un comentario

Tu dirección de correo electrónico no será publicada. Los campos necesarios están marcados *

Nombre *

Correo electrónico *

Web

Publicar comentario

Ediciones ZL